

Identidad cultural y futuro social en América Latina

«Si en el curso de esta obra no he logrado hacer comprender al lector la importancia que atribuyo a la experiencia práctica de los americanos, a sus hábitos, a sus opiniones, en una palabra a sus costumbres, en el mantenimiento de sus leyes, he fracasado en el objetivo que me propuse al escribirla» (Tocqueville, 1980: 292).

Este ensayo sostiene la idea de que el desarrollo social de los pueblos latinoamericanos está medido y condicionado por su capacidad para crear las bases culturales adecuadas para el crecimiento económico. Tales bases culturales son vistas como una circunstancia histórica y, en consecuencia, como una tarea fundamentalmente moral.

En el comienzo de su obra más importante, Alexis de Tocqueville dejó escrito que «si nos fuera posible remontarnos hasta los elementos de formación de la socieda-

des y examinar los primeros momentos de su historia (es) seguro que descubriríamos la causa primordial de los prejuicios, de las costumbres, de las pasiones dominantes, de todo eso, en fin, que compone lo que llamamos el carácter nacional» (Tocqueville, 1980:31).

Según él, el desarrollo democrático de un pueblo está determinado, entre otros, por tres elementos fundamentales: la naturaleza física, sus leyes y, finalmente, sus costumbres. Por naturaleza física debemos entender sus recursos naturales, la ubicación y disposición de su territorio, su facilidad o dificultad de comunicación, su vecindad con otros pueblos y, por consiguiente, su necesidad de competir con esos pueblos por la posesión de tales bienes. Es evidente que las condiciones físicas de un pueblo son importantes para su futuro; pero de los tres elementos, tierra leyes y costumbres, la tierra es el de menor peso.

* Profesor, investigador del ITESM, Cd. de México.

✉ alhernan@campus.com.itesm.mx



Para el desarrollo de un país, lo más relevante son, en definitiva, las costumbres de sus habitantes, pues el sustento de las leyes son las costumbres y, asimismo, la capacidad de aprovechar sus recursos disponibles está medida por tales costumbres y habilidades.¹

Tocqueville da a la expresión «costumbres» el sentido que los antiguos daban al término «mores», es decir, no sólo las costumbres propiamente dichas, sino también a las diferentes nociones que poseen los hombres, a las diversas opiniones que tienen crédito entre ellos, al conjunto de ideas que forman los hábitos de su espíritu. «Entiendo por esta palabra —dice—, todo el estado moral e intelectual de un pueblo» (Tocqueville, 1980:271).

De esta manera es fácil entender por qué se dice que las costumbres son el cimiento de las leyes y, en realidad, la única fuerza capaz de hacer que las leyes se cumplan. Éste es un significado más profundo del viejo principio jurídico que indica que la costumbre precede a la ley. No se trata solamente de la prioridad en el tiempo, no es sólo que con frecuencia la costumbre se convierte en ley positiva. Se trata de algo más definitivo, y es el hecho de que la costumbre real, la vida, tiene ascendencia sobre la ley que es puramente formal. Si por un acto de autoridad formal, que incluso puede ser legítimo y bien intencionado, la ley trata de oponerse a la costumbre sin que exista la voluntad de que la costumbre se modifique, entonces la ley terminará frustrándose, su buena intención teórica —suponiendo que la tenga— se estrellará contra el muro de la realidad que el pueblo vive.

La fuerza de la ley en un pueblo radica en la voluntad y hábito de ese pueblo de hacer cumplir esa ley. En el caso de Estados Unidos, decía Tocqueville, «no se puede negar que la legislación, en conjunto, está bien adaptada al genio del

¹ Para hacer un comentario más actualizado en este punto hay que añadir factores como la tecnología y las inversiones. Empero, esa amplia y apasionante discusión me llevaría muy lejos de mi asunto original.

pueblo a quien debe regir y a la naturaleza del país» (Tocqueville, 1980:290). Pero si esa misma legislación fuera artificialmente adoptada por otra nación cuyas costumbres no son las mismas que las del pueblo que la originó, su efecto será del todo diferente e incluso puede llegar a convertirse en letra muerta.

Vale la pena revisar lo que quiere decirse con «las costumbres de un país»: *Todo el estado moral e intelectual de un pueblo*. Con más propiedad podríamos llamar a esto mismo la cultura de una nación, lo que autoriza a incluir sus habilidades tradicionales o nuevas, su grado de instrucción y conocimientos.

Es por demás evidente que con cultura se dice algo mucho más decisivo que el folclor, las reliquias arquitectónicas o literarias y, en fin, mucho más que todo ese conjunto de realizaciones en sí mismas valiosas pero petrificadas, en cierto modo muertas e insignificantes para el actuar y el vivir presente de sus herederos. Si entendiéramos cultura solamente en este sentido, no cabe duda que podemos contar a muchos países latinoamericanos y específicamente a México entre los más cultos del mundo. Nuestra herencia es abundante porque, a la carga cultural de Occidente, añadimos el elemento nativo americano.

Pero este primer sentido de cultura no es el más importante para nuestro asunto. Cultura quiere decir principalmente vida, criterios con los que un pueblo efectivamente actúa, no forzosamente lo que sus leyes dicen que debe hacer, sino lo que de hecho hace. Es más, esa manera de decir cultura ni siquiera puede reflejarse cabalmente en las leyes, porque también está constituida por las aspiraciones, los ideales, el concepto de bien y mal con el que ese pueblo se guía, muchas veces sin planteárselo conscientemente.

W. Jaeger hizo famoso el término griego con el que podemos decir esto: *paideia*; el conjunto de instituciones, formas artísticas, tradiciones y educación, por medio de los cuales



una sociedad tiende a reproducir su propia imagen en cada nueva generación.

En este sentido, toda sociedad tiene una *paideia* o cultura, que tiende a perpetuar enseñando a sus niños y jóvenes la manera como han de vivir para, en último término, alcanzar la felicidad o el éxito. Ya que nos referimos a la vida y no a la teoría, debemos tener presente que se trata del ideal humano que, sin decirlo, se está formando en los hombres y mujeres desde la infancia.

Lo más importante es que si esa práctica enseña que el éxito personal se alcanza al margen de las leyes, los hombres buscarán el éxito al margen de las disposiciones oficiales aunque digan que las respetan, y aunque reconozcan que son justas (Escalante, 1992:233ss). En otras palabras, se *acostumbrarán* a creer, creerán firmemente que para alcanzar el éxito no es preciso el apego personal y comunitario a la ley y, por consiguiente, apartarán su conducta de ella siempre que les resulte más ventajoso o cómodo, y no harán nada cuando los demás se aparten de ella a menos que les reporte algún perjuicio visible. Como decía J. Bentham, el hombre actúa en esto buscando ante todo su propio beneficio, y elegirá en su vida aquel modo de actuación que, según su opinión, le reporte el máximo provecho personal, al margen de que esa actuación afecte a los demás, sean éstos pocos, muchos o aun los más cercanos (Bentham, 1965:Núm. 2)

La incongruencia entre la ley y la vida es uno de los mayores males que puede aquejar a una sociedad, especialmente porque es el origen de muchos otros vicios que se siguen de ella, además de ser ella misma la consecuencia de un error. El error inicial es no darse cuenta de que una legislación que no corresponde al carácter de una nación no puede gobernarla, sin importar cuán perfecta pueda parecer esa legislación en abstracto.

Para medir lo que pasa a cada uno de los tres elementos que hemos descrito –tierra, ley y costumbres–, Tocqueville

encontró dos ejemplos que bien vale la pena recordar ahora. ¿Acaso serán las condiciones físicas el factor determinante del éxito nacional? En este caso, dice, en ninguna parte del mundo se encontraría una naturaleza con mayores y más intactas riquezas que en América del Sur y, «sin embargo, América del Sur no puede soportar la democracia. Si para ser felices les bastara a los pueblos con hallarse en un rincón del universo y poder extenderse a voluntad por tierras inhabitadas, los españoles de América meridional no podrían quejarse de su suerte. Y aunque no gozaran de la misma felicidad que los habitantes de Estados Unidos, al menos debieran hacerse envidiar de los pueblos de Europa. Sin embargo, no hay sobre la tierra naciones más miserables que las de América del Sur» (Op. Cit. II, 9).

«Observo en los pueblos de América las mismas condiciones de prosperidad que en los angloamericanos, menos sus leyes y sus costumbres, y estos pueblos son desgraciados. En las leyes y las costumbres de los angloamericanos estriba, pues, la razón especial de su grandeza» (idem).

Veamos el segundo ejemplo. Podría ocurrir que al principio de su vida como nación independiente, algunas de estas maltratadas sociedades hubieran querido darse a sí mismas una ley como aquélla en la que los angloamericanos basaron el funcionamiento de sus instituciones. Y ese caso existió, de hecho. «México —dice Tocqueville— goza de una situación tan privilegiada como la de la Unión angloamericana (y) se ha apropiado de sus mismas leyes, pero no puede habituarse al gobierno de la democracia. Hay pues una razón independiente de las causas físicas y de las leyes, que hace que la democracia no pueda gobernar» (idem). Evidentemente, esa causa mayor de la vida social democrática es la cultura de un pueblo.

Las opiniones que Tocqueville dejó escritas en 1835 no son halagadoras para nosotros, hispanoamericanos, pero hemos



de dejar a un lado el sentimiento y tratar de hallar en ellas, más que las deficiencias, la crítica certera y el origen de algunos de nuestros problemas, aunque hacerlo sea desagradable para nuestra vanidad.²

(Aunque quizás esté de más decirlo, no estoy proponiendo en modo alguno la imitación del «estilo de vida americano», del que frecuentemente hemos tomado lo peor. No sólo en México, sino en casi todo el mundo, el individualismo radical propugnado por la mentalidad neoliberal más grosera gana cada día más adeptos. Los tigres de la competencia, campeones de la supervivencia del más fuerte, van alcanzando la meta de esa innoble ideología: una aldea virtual poblada de animales, bárbaros y satisfechos. Quiero creer que hay otras opciones, ni la monja jerónima ni el gladiador intergaláctico: mi ambición es el ciudadano).

El trauma del nacimiento

Una de las circunstancias históricas que muestran el origen de muchos de los vicios y virtudes de nuestro pueblo es la etapa colonial o virreinal. Esto es claro desde el momento que consideramos que el colonialismo español en América duró tres siglos, mientras que las civilizaciones azteca e inca, por ejemplo, florecieron en solamente alrededor de un siglo y

2 Observaciones semejantes a éstas fueron formuladas desde mediados del siglo pasado. Eduardo Prado se refirió a los mismos factores pero obtuvo un resultado muy distinto, pues para él la debilidad de la raza es un elemento inapelable. Así, escribió: «Algunos brasileños, de espíritu nada complicado, quieren por fuerza ver en las ventajas que nos lleva Estados Unidos una resultante de la diferencia de gobierno y no un efecto de causas naturales e irremediables. Nadie puede cambiar el suelo ni sustituir la raza; pero es posible cuando se quiera alterar el gobierno. Y como no podemos proporcionarnos el suelo de los Estados Unidos ni adquirir las cualidades étnicas de su pueblo, no faltó quien quisiese darnos a lo menos su gobierno; esto es, precisamente, lo único poco envidiable de la gran nación (...) Así pasa con las instituciones: buenas para los países que las idearon, traerán confusión y desorden a aquéllos que las adoptan arbitrariamente». (Prado: 221-223).

medio; asimismo, la independencia política mexicana, y en general de toda la América hispana, todavía no alcanza los dos siglos de vida. En otras palabras, lo que México ha sido durante más tiempo de su existencia desde su fundación en 1325 es un virreinato español.

Estamos ante el tópico de las dos herencias culturales de México, la indígena y la europea. Pero cuando estas dos culturas coincidieron en el territorio mesoamericano no se encontraban en igualdad de circunstancias. Ni podían ni se propusieron en ningún momento tratarse como iguales. Una fue la cultura conquistadora y otra la conquistada; uno el pueblo sometido y otro el amo.

La visión de la vida en la civilización azteca era la de un pueblo conquistador, guerrero, disciplinado, dominador, orgulloso de sí mismo y de su papel en el orden del universo. El pueblo del sol-Huitzilopochtli crecía con la convicción de que su actuación era vital no solamente para sí mismo, sino también para todos los demás hombres, incluso para aquéllos a quienes combatía. Las instituciones educativas enseñaban a cada hombre las bases de su religión y de su política, y asimismo le instruían sobre el ideal ético, sobre la vida mala y la vida buena, sobre el honor, el deber, el sufrimiento y el trabajo, y mostraban a cada uno claramente cuál era el lugar que le correspondía en la sociedad. En fin, cada hombre, mujer, niño y anciano sabía que su vida individual era valiosa, su existencia tenía un sentido para el organismo social y éste, a su vez, tenía un destino trascendente.

Si ahora recuerdo estas cosas bien conocidas es únicamente para subrayar que, con la caída de la ciudad que era el centro del universo azteca, desaparece también todo ese orden, y que para nosotros tal orden es por completo desconocido y ajeno.

En el primer momento de la conquista, la tarea a la que se dieron los españoles fue no el exterminio del pueblo derrotado militarmente, pues lo necesitaban para su propia subsis-



tencia, sino a la decapitación de su cultura. No todos los indígenas fueron eliminados, sino aquéllos que representaban un peligro para el nuevo orden de cosas: los sacerdotes y sabios de la vieja cultura. En el alma de los indígenas se produjo un inmenso vacío de sentido; el mundo, más que derrumbarse, había desaparecido. El pueblo que fuera señor de la tierra se encontró en la más completa orfandad.

Difícilmente puede imaginarse una empresa cultural más formidable que la que acometieron los evangelizadores en América. Cristianizar en un plazo insignificante a una población cercana a los 25 millones de personas, quienes hablaban otra lengua de la que ellos no tenían noción alguna, sin escritura ni lectura. A esas dos clases de hombres nada les era común desde el punto de vista cultural. Si la evangelización fue incompleta, lo sorprendente es que haya llegado tan lejos.

En relación con la conquista heredamos un país con la trayectoria histórica truncada, México fue re-fundado en el Encuentro. La misión histórica asignada al pueblo mexicana por sus dioses desapareció para siempre y hoy sus palabras no tienen significado vivo para nosotros.³

México empezó otra vez en las Casas Viejas de Cortés, sobre los terrenos que ocupara el palacio de Axayácatl, pa-

³ A pesar de esto, todavía podemos conovernos al leer la promesa que su dios tutelar hiciera al rey de los mexicanos: «Ven, oh Chalchiuhtlanonac, y dispón con cuidado y método lo necesario para que llesves a las muchas gentes que contigo irán; y que sean pues herencia de cada uno de los siete «calpulli» aquéllos que cogierais aquí, quienes hablan caído junto a la biznaga: de los más fuertes y recios de los mexicanos, puesto que los naturales serán incontables porque nos iremos a establecer, a radicar y conquistaremos a los naturales que están establecidos en el universo; y por tanto os digo en toda verdad que os haré señores, reyes de cuanto hay por doquiera en el mundo; y cuando seáis reyes tendreis allí innumerables, interminables, excelentísimas piedras preciosas, oro, plumas de quetzal, esmeraldas, corales, amatistas, las que vestirán primorosamente, así como las diversas plumas, el cotinga azul, el flamenco rojo, el «tzinitzcan», todas las plumas preciadas y el cacao multicolor y el algodón policromo; y todo lo vereis, puesto que ésta es en verdad mi tarea y para eso se me envió aquí» (Alvarado, 1992: Núm. 32).

dre de Moctezuma. Allí, el señor era blanco y el servidor cobrizo. A partir de ese momento, el país carece de un destino propio; el virreinato vivirá en función de la metrópoli; su economía será periférica a la de España; sus intereses, los de sus amos; su lengua, su religión, su comercio, su política, la que le asigne el rey desde el otro lado del océano. El oro y la plata americanos financian las guerras de España en Europa y van a ser un factor de peso en la formación del capitalismo moderno, pero esto América no lo sabe. Latinoamérica ya forma parte de la historia de Occidente, pero asiste a ella desde la segunda fila, sin voz y sin destino propio. Para cuando lleguen los años de la independencia política, Latinoamérica llevará siglos ocupando un puesto periférico al de España, cuyos ideales también habrán conocido ya el ocaso (Wallerstein, 1989).

Independencia y cultura

Fue difícil liberarse de la dominación política española. Fue más difícil empezar a gobernarse por sí mismos. Lo primero que hicieron los enormes territorios de la América hispana fue disgregarse políticamente en entidades separadas. Los ideales bolivarianos de una gran nación continental jamás tuvieron posibilidades de ser realizados. Pero mucho más difícil que todo esto es liberarse de la dependencia cultural, mucho más difícil es construir un destino común capaz de abarcar también las vidas individuales. Dar a cada persona una imagen del mundo en la que ella queda incluida y valorizada, de tal manera que comprenda que su éxito individual está medido y condicionado por el progreso común.⁴

⁴ En estas notas solamente quise referirme a la herencia colonial, pero es verdad que, como dice Vasconcelos, «nos rebelamos contra el poder político de España y no advertimos que, junto con España, caímos en la dominación económica y moral de la raza que ha sido la señora del mundo desde que terminó la grandeza de España... se hace necesario reconstituir nuestra ideología y organi-

La función de la cultura es establecer de modo claro (aunque no forzosamente intelectual ni formal, pues la pertenencia a la nación es básicamente emotiva), inculcar la dependencia mutua entre individuo y sociedad; ése es el horizonte que las nuevas nacionalidades deberían superar si es que quieren tener éxito en la lucha por la subsistencia.

La identidad nacional es la cultura común característica de los miembros de un grupo que llamamos nación. La identidad nacional se forma alrededor de valores como la religión del grupo, sus tradiciones, en ocasiones también la raza, la lengua y el territorio, y siempre la historia más o menos mitologizada (Meyer, 1995), además de las costumbres en el sentido que hemos apuntado anteriormente.

En el caso de México me parece que existe un sentimiento nacionalista generalizado, pero es solamente emotivo, sentimental, carece de una base cultural fuerte en relación con la vida política, la ética y la economía.

Las contradicciones culturales mexicanas en política comenzaron desde el instante mismo que se alcanzó la independencia. Un país acostumbrado a la monarquía comenzó por proclamarse imperio, un imperio efímero que dejaría paso a la forma republicana pero sin que la población supiera bien a bien qué significaba esta nueva manera de gobernarse. La república obedece a las ideas de una élite ilustrada que está a la cabeza en la dirección del país, pero es incongruente con la masa de la población.

De allí deriva, al menos en parte, una lucha intermitente entre quienes desearon una república liberal y federalista y quienes, siguiendo la inercia mexicana, desearon el conservadurismo del centro, y aun tuvimos humor suficiente para permitirnos el episodio del segundo imperio, imitando hasta el extremo de la ridiculez a la admirada Europa. Finalmente

zar, conforme a una nueva doctrina étnica, toda nuestra vida continental. Comencemos entonces haciendo vida propia y ciencia propia. Si no se liberta el espíritu, jamás lograremos redimir la materia» *La raza cósmica*.

triunfó Juárez y con él el liberalismo federal, o al menos eso se supone en la historia oficial. Pero al prolongado gobierno juarista siguió el apenas más largo régimen porfiriano y entonces uno se pregunta quién de veras ganó la guerra del siglo XIX, si el deseo modernizador o las inercias históricas, silenciosas e indomables.

Al romper con Europa, las naciones latinoamericanas siguieron caminos formalmente distintos, aunque las inercias comunes también operaban en ellas. La emigración y la mayor o menor concentración relativa de la población indígena han venido diferenciando cada país, amén de los diferentes episodios de la historia política y económica de cada uno.

Así, los territorios de Paraguay y Uruguay, que ya desde la época colonial fueron objeto de disputa entre españoles y portugueses, evolucionaron hacia dos estados autónomos bien diferenciados, pues mientras el primero se forma con una mayoría de población guaraní y es uno de los pocos estados latinoamericanos oficialmente bilingües, el segundo se ha nutrido con oleadas de emigrantes europeos desde el siglo pasado.

Brasil, ya se sabe, es un caso aparte en la historia del continente. Su importancia económica no se ligó a la minería como en Perú y México, sino a la explotación de la tierra mediante la mano de obra esclavizada de negros e indígenas. No tuvo instituciones de alta cultura comparables a las de algunas colonias españolas, especialmente las de Lima, Caracas, México y Guadalajara, pero tuvo una transición singular a la independencia, favorecida por la huida de Juan VI ante Napoleón y el imperio de 78 años comparativamente bien administrado y dirigido por Pedro I y Pedro II, antes de adoptar pacíficamente la forma de gobierno republicana.

El virreinato de Río de la Plata, por su parte, consiguió la independencia de forma relativamente pacífica y fue república desde el principio, sin los devaneos monárquicos de los casos anteriores. Las historias latinoamericanas corren



cada una por su cuenta a partir de un origen más o menos semejante.

Lo más importante de este pasado es su presencia en nuestro presente. Muchos de los criterios de valoración y los vicios con los que hoy vivimos se formaron en la etapa colonial y apenas han sido tocados por los procesos posteriores. Baste decir que la religión sigue siendo un factor social insoslayable; que la lengua perdura como una de las más poderosas posibilidades de intercambio de toda la región y que la situación de los indígenas dentro de la sociedad es un tema tan vigente hoy como hace doscientos años y, por desgracia, parece que tan lejano de una salida satisfactoria como entonces.

Estos tres elementos netamente culturales —lengua, religión y raza— ya nos podrían convencer de que el futuro social de Latinoamérica de ninguna manera puede omitir en la lista de sus prioridades el factor cultural. Pero además hay otros muchos de gran importancia.

Antes mencionamos la tríada política-ética-economía. Para nadie es un secreto que una de las exigencias más comunes que hoy se hacen a los políticos y a los negociantes de todo el mundo es que sean éticos. La palabra ética en los periódicos frecuentemente es un eufemismo para decir honradez. Que los dueños del poder y los dueños del capital no roben aprovechándose de su elevada situación.

Sin embargo, el problema moral de la corrupción no es privativo de las clases más altas. La corrupción se ha convertido en «*modus vivendi*», o «*modus super vivendi*» de miles o quizás millones de personas. El policía de tránsito usa su pequeña cuota de poder en beneficio propio; el empleado de ventanilla en una oficina del Estado espera su «donativo» para hacer lo que es su deber; y también las empresas privadas practican abundantemente el soborno, de ida y vuelta; tal parece que esto no hay quien lo cambie porque, se dice, lo hace -lo hacemos- todos, es decir, forma parte de nuestras costumbres. Es importante advertir que no se trata solamen-

te de una cuestión de moral individual, sino que hay circunstancias «estructurales» que favorecen o inhiben las conductas corruptas, como la fortaleza o debilidad del Estado, su carácter dictatorial o democrático, la eficiencia económica de la comunidad y la vigencia de los instrumentos legales y los procesos administrativos a los que antes se aludió.

Las costumbres viciosas, a pesar de lo «arraigadas» y «tradicionales» que sean, no nos conducen al progreso social, sino al contrario. «La sospecha de corrupción, dice Fernando Escalante, será siempre un arma contra el Estado y un obstáculo para el arraigo de convicciones cívicas» (Escalante, 1992: 237). La corrupción generalizada quizás pueda amortiguar su propio efecto dañino económico, pero lo que no amortigua de ninguna manera es su perverso efecto moral, porque genera un tipo de persona mentirosa y ladina, que dice una cosa y hace otra; que promete pero no cumple; que no sabe lo que es el deber; que no confía en los demás, sean éstos autoridades, proveedores, socios o amigos; y no confían unos en otros, rematadamente, porque ninguno de todos ellos es de fiar.

Es obvio que cuando un gobierno o una empresa no son confiables sólo pueden engañar en los primeros contactos, pero luego dan a conocer lo que son —como dice el refrán mexicano, «enseñan el cobre»— y entonces nadie invertirá en ellos a largo plazo, nadie hará planes que vayan más allá de un beneficio seguro e inmediato. Me parece evidente que esta situación también tiene consecuencias económicas.

En el nuevo escenario de apertura y globalización, una vez más como si fuera la primera, tenemos «reglas para el comercio del siglo XXI» rigiendo a empresarios-señores feudales que no invierten apenas nada en la capacitación de sus trabajadores ni en investigación científica, que basan su dirección en estructuras jerárquicas y a ratos más bien despóticas; es decir, empresarios dignos de un hacendado porfiriano. Pero antes de ser un problema económico, esta situación ya era un problema cultural, un problema de

carencia de una cultura del trabajo y de la empresa. Y sigue siéndolo.

Colofón: el siglo que viene

Posiblemente el panorama aquí descrito parezca totalmente negativo. Esto sería un balance incompleto e inadecuado. Es necesario destruir el totem de la gran riqueza cultural que hemos recibido, como primer paso para construir una cultura viva, significativa para todos a la hora de trabajar, de construir familias, empresas o de exigir cuentas al gobierno y a uno mismo.

Hay que añadir al menos los esbozos de las buenas noticias, de las señales de cambio cultural entre nosotros, de las que podría esperarse el fortalecimiento de nuestras reservas éticas. El Prof. Luis Guerrero (Guerrero, 1997) ha identificado varios aspectos éticos emergentes: primero, tendencia democratizadora, al menos en el sentido de disolución de la estructura monolítica de poder encarnada en el Partido Revolucionario Institucional y la consecuente intervención de otros partidos políticos. En segundo, una mayor conciencia en algunos ámbitos productivos del valor de las personas, el aprecio de la creatividad, la iniciativa, la participación, la honradez y la calidad en el trabajo. En tercero, el surgimiento a nivel mundial de una cultura ecológica que empieza a hacerse sentir en México. A estos rasgos positivos quiero añadir la presencia, en medio de increíbles dificultades, de una cultura de los derechos humanos, pluralismo y tolerancia en pleno desarrollo.

Las bases de esa nueva cultura que necesitamos son las mismas y, en mi opinión, las únicas con las que ha contado siempre la humanidad: libertad y educación. Justicia, honradez, esfuerzo, no son valores incompatibles con la mexicanidad o con otras formas culturales. Pero su incorporación no se dará espontáneamente ni por la inercia de las cosas. ☺

- Alvarado Tezozómoc, Fernando (1992), *Crónica Mexicáyotl*, UNAM.
- Bentham, Jeremy (1965), «La psicología del hombre económico», en *Escritos económicos*, FCE, México.
- Escalante, Fernando (1992), *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana*, El Colegio de México.
- Guerrero Martínez, Luis (1997), *La perspectiva ética en el nuevo contexto mexicano*, ITESM-Campus ciudad de México, Lecturas en Humanidades Núm. 3.
- Meyer, Jean (1995), «La historia como identidad nacional», *Vuelta* Núm. 219, México, febrero de 1995.
- Prado, Eduardo (s.f.), *La ilusión yanqui*, Madrid, Ed. América, Bibl. Andrés Bello Núm. 49, pp. 221-223.
- Tocqueville, Alexis de (1980), *La democracia en América*, Alianza, Madrid.
- Wallerstein, Immanuel (1989), «De Sevilla a Amsterdam: el fracaso del Imperio», en E. Cárdenas (Comp.); *Historia económica de México*, Vol. I, FCE, (Col. El trimestre económico Núm. 64), México.

Bibliografía